

“Conectar los puntos, armar el rompecabezas” ... un diálogo norte-sur sobre historia social, género y raza

Entrevista a Erika Edwards realizada el 14 de octubre de 2021

GABRIELA MITIDIERI | gmitidieri@gmail.com

Docente Problemas de Historiografía: Historia Social y Género. Instituto de Investigaciones en Estudios de Género (IIEGE)



Erika Edwards se formó en la Universidad Internacional de Florida y en la Universidad Estatal de Grand Valley en Michigan. Actualmente trabaja en el departamento de Historia de la Universidad del Norte de Carolina en Charlotte.

Erika Edwards es profesora asociada de Historia Colonial Latinoamericana y Estudios Latinoamericanos en la Universidad de Carolina del Norte en Charlotte, Estados Unidos. Es autora del libro *Hiding in Plain Sight. Black Women, the Law, and the Making of a White Argentine Republic* (*Escondiéndose a plena luz. Mujeres negras, la ley y la formación de una República Argentina blanca*) editado por la Universidad de Alabama en 2020. Su investigación se interroga acerca de la historia de la invisibilización de africanos, africanas y afrodescendientes en el territorio que luego sería conocido como Argentina. Interpreta que tal borramiento formó parte de una serie de gestos de racismo que atraviesan las narrativas históricas y cuya distinción permite situar y comprender en el tiempo la negación y la estigmatización actual de aquellas personas que no responden a los ideales de blanquitud imperantes. Edwards eligió correr el foco del puerto de Buenos Aires y sus alrededores para centrar la mirada en la ciudad de Córdoba, entre el final de la colonia y los comienzos republicanos, buscando poner de relieve experiencias sociales de mujeres negras. Su hipótesis de trabajo es que aquellas confrontadas con obstáculos jurídicos que señalaban los atributos raciales como impedimento para alcanzar cierto tipo de

movilidad social tramaron iniciativas que revelan el carácter flexible y negociado de las nociones de raza. Así, a través de vínculos matrimoniales con hombres blancos; disputando el uso de vestuario vedado para ellas; registrándose en los papeles como pardas, trigueñas o indias ante los estrados judiciales, esas mujeres se movieron estratégicamente en el contexto de los primeros ensayos republicanos, donde las elites connotaban positivamente el blanqueamiento de la población.

En esta entrevista realizada para la revista *Indicios* en octubre de 2021, dialogamos con la autora sobre su experiencia de investigación, sus lecturas y su acercamiento a la historia social con perspectiva de género: cómo fueron cambiando sus preguntas y cuáles fueron sus primeros contactos con el archivo y con las fuentes documentales. En la charla también surgieron reflexiones y puestas en común en torno a nociones históricas en disputa sobre las relaciones raciales al sur y al norte de este continente.

G. M.: ¿cómo comenzó tu investigación?

E. E.: al llegar a la Argentina en 2006, me di cuenta de que había muchos colegas que ya estaban haciendo un trabajo sobre Buenos Aires. Decidí ir a Córdoba porque era la segunda ciudad más grande y tenía la idea de que si había prensa negra en Buenos Aires, seguramente podía encontrarla ahí. En dos semanas me di cuenta de que nadie había investigado este tema en Córdoba. Mientras estaba en el Archivo Provincial, una trabajadora que se llamaba Raquel Maggi vio mi desesperación y me trajo un expediente. Era un legajo del archivo del crimen de los siglos XVIII y XIX. Me dijo, "Bueno, probá acá, hay cosas, quedate tranquila". Entonces lo abrí y noté que en los crímenes cometidos por cada persona se señalaba la raza y eso me llamó la atención. Al contar con esa marca racial era más sencillo seguir a las personas en las fuentes. A partir de ahí, comencé a escribir sobre las experiencias de las personas negras en Córdoba.

En ese período noté que no había muchos investigadores extranjeros en los archivos cordobeses. La mayoría se quedaba en Buenos Aires. Me resultó muy extraño, porque son archivos fascinantes y sus trabajadores siempre estuvieron dispuestos a ayudarme. Tuve la suerte de conocer historiadores como Mónica Ghirardi, Federico Sartori, Sandra Colantonio, Claudia García, Clarisa Pedrotti. Ellos me abrieron los ojos y estuvieron dispuestos a ayudarme. Una parte importante del trabajo de reconstruir la historia de Córdoba desde la historia social ya ha sido hecha y son investigaciones sustantivas que me ayudaron a pensar ese campo con nuevas preguntas.

G. M.: cuando conociste a Mónica y al resto de los y las colegas, ¿sentiste que la historia social que aprendiste en los Estados Unidos era diferente a la perspectiva de trabajo en historia social aquí en la Argentina?

E. E.: en los Estados Unidos fui entrenada como latinoamericanista y enseñé historia colonial latinoamericana. Me doy cuenta de que existen diferentes referencias teóricas y metodológicas entre los latinoamericanistas que viven en Latinoamérica y los que, como yo, vivimos en Estados Unidos, o los especialistas que viven en Europa. Tenemos diferentes metodologías. En los Estados Unidos, especialmente los y las historiadoras de mi generación, nos formamos en un abordaje social y económico, basado en métodos cuantitativos, que todavía era bastante popular cuando estaba en Córdoba. Ahora, el enfoque está mayoritariamente centrado en la historia cultural. Hacemos menos trabajo con números. Al mirar mi tesis, en contraposición a mi libro, veo que en aquel entonces mi mirada estaba mucho más anclada en una historia social clásica. Mi mentor era un historiador social que empleaba métodos cuantitativos, era de una generación anterior a la mía. Pero cuando llegué al libro real, decidí deshacerme de todos los números tanto como fuera posible. Eso fue completamente diferente

al abordaje que conocí en Córdoba, en donde los números son importantes. Por eso creo que tuve esa sensación de comunidad que no tengo con otros latinoamericanistas o especialistas en experiencias negras en otras latitudes. Pero sí, definitivamente hay una diferencia. Para poder entablar una conversación sobre este tema, tuve que apoyarme también en mis colegas argentinos más jóvenes, de quienes aprendí mientras investigaba. Por ejemplo, Cecilia Moreyra, quien abordó la cultura material de Córdoba a fines del siglo XVIII. Quedé maravillada con cómo ella es capaz de lidiar con esos diferentes tipos de objetos físicos y extraer de ellos información significativa para aproximarnos a la historia argentina.

El desafío fue conectar los puntos, armar el rompecabezas. ¡Y me encantó! Fui capaz de rastrear sus vidas y la impresión que tuve es que en las fuentes, con el correr del tiempo, estas mismas mujeres comenzaron a ser registradas con un color cada vez más claro.

G. M.: tu libro es una contribución para entender históricamente la raza como una relación negociada, en disputa, móvil, no como un atributo fijo o estático. Es también una respuesta posible a la pregunta acerca de la supuesta desaparición de los y las afroargentinos en la historia de nuestro país, una respuesta que le da un lugar importante a la agencia propia de los sujetos. Además, es una investigación que logra entrecruzar raza y género de un modo complejo. Me gustaría preguntarte acerca de los desafíos que se te presentaron en este tipo de abordaje histórico y acerca de las herramientas teóricas y metodológicas que usaste para enfrentarlos.

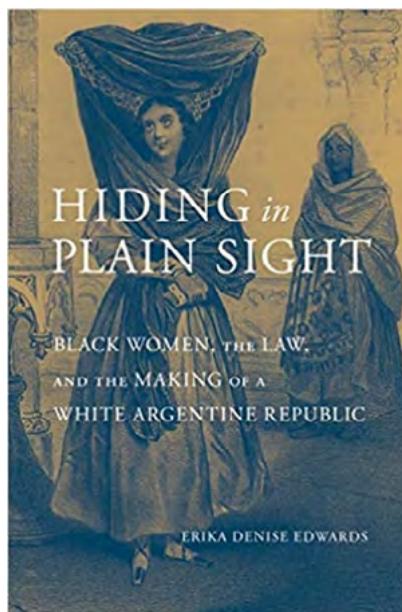
E. E.: primero que nada, creo que la clave fue vivir en la Argentina. Me dio la oportunidad de vivir su cultura y algunos de sus legados. Algo que me llamó mucho la atención al comienzo fue la tensión que existe entre los porteños y el

interior. Eso me dio pistas para pensar en Córdoba. En cómo en un momento esa ciudad perdió cierta importancia, mientras que Buenos Aires crecía y se consolidaba. Era interesante para mí observar lo que esa pequeña ciudad de provincia estaba teniendo que enfrentar. En segundo lugar, tuve la necesidad de reflexionar sobre mi propio método y sobre el foco de análisis de mi investigación. Cambié mi énfasis, comencé a pensar en las mujeres negras, en las relaciones de género en aquel tiempo y lugar. Me encontraba a mí misma caminando por las calles cordobesas pensando en cómo habría sido su experiencia. Especialmente en el casco histórico de Córdoba, el cual todavía guarda semejanza con aquella ciudad colonial. La zona del Cabildo, la escuela para niñas que aún funciona allí, la biblioteca, el Colegio de Monserrat... comencé a imaginar lo que podría haber significado estar en esos lugares siendo una mujer negra. Ese contacto cotidiano con la ciudad realmente me ayudó a pensar de otro modo el archivo. Pero, más allá de esas reflexiones, tengo que admitir que me sorprendió la presencia de las mujeres negras en las fuentes. Creo que el registro de tal presencia muestra la fuerza de la iglesia en la producción de fuentes históricas. ¡La iglesia registraba todo lo que estaba pasando! Llegó un momento en el que estaba sacando por día 1.200 fotos de los expedientes sin usar trípode para mi cámara; y con trípode cerca de 2.500 fotos diarias. Tal era su presencia en los archivos.

El reto llegó al pensar en cómo ellas habrían vivido y maniobrado en aquel entonces. Después de aquella recolección de fuentes inicial, comprendí que, al ser registros de una pequeña ciudad, tenía la oportunidad de encontrar a esas mujeres en diferentes momentos de sus vidas. Creo que no podría haber hecho algo así en Buenos Aires, por su extensión y cantidad de población. Pero en la ciudad de Córdoba había solamente 7.000 personas en esa época. Pude observar su dinamismo y distintas dimensiones de sus

actividades. Las encontraba en actas de bautismo, en actas matrimoniales, en títulos de propiedad de compra de terrenos, cuando tenían hijos o cuando lograban ser manumitidas. El desafío fue conectar los puntos, armar el rompecabezas. ¡Y me encantó! Fui capaz de rastrear sus vidas y la impresión que tuve es que en las fuentes, con el correr del tiempo, estas mismas mujeres comenzaron a ser registradas con un color cada vez más claro. Ellas estaban declarando no ser negras. ¿Qué estaba pasando? Fui descubriendo que en ciertos momentos podían ser esclavas y más adelante convertirse ellas mismas en dueñas de esclavos. Algunas incluso se volvían capaces de financiar la actividad económica de sus hijos. Al observar a estas personas en una ciudad a lo largo de un tiempo pude distinguir este tipo de movimientos.

En los casos de disenso matrimonial en donde se argumentaba la "mala sangre", esto es, la diferente "calidad" racial entre los esposos como razón para impedir el casamiento, observé, primero, que un importante número de personas enfrentadas en pleitos de "mala sangre", estaba consiguiendo casarse. Pero, ¿cómo lo lograban? Comencé por repasar los expedientes e identificar las estrategias. En su mayoría, la estrategia principal era, o bien asumirse como blancas o afirmar que eran indias. Esto implicó también revisar otras situaciones en las que no lograron acceder al matrimonio. En diversos expedientes encontré mujeres disputando un sentido de honor, de virtud. Ellas trataban de mostrar que por sus acciones eran mujeres honradas, virtuosas y que también eran negras o afrodescendientes. Pero se les negaba la posibilidad de casarse con hombres blancos. Entendí que había algo a analizar en torno al carácter negociado, disputado de las identificaciones raciales: la estrategia de cómo ellas eran capaces de manipular, de cuestionar su identidad, al afirmar "yo podría ser blanca", "yo podría ser indígena". Creo que esta interpretación es la que aporta el libro.



Su libro *Hiding in Plain Sight* rastrea los orígenes de lo que se ha calificado como la desaparición de la población africana y afrodescendiente en la Argentina, adentrándose en las vidas íntimas de unas mujeres negras entre finales de la colonia y los primeros ensayos republicanos.

G. M.: me dio curiosidad, sé que no es exactamente tu campo, pero, ¿crees que ahora existen colegas que estén teniendo enfoques similares para abordar experiencias históricas de esclavitud en los Estados Unidos? ¿Los archivos estadounidenses permiten eso?

E. E.: Córdoba es definitivamente un hallazgo. Yo siento que cuando llegué "me gané la lotería" [risas], porque había tanto allí que no había sido revisado. Hay una gran diferencia con el tipo de fuentes que mis colegas trabajan en archivos de Estados Unidos. Es un cambio a la hora de pensar en las voces y cómo encontrarlas, porque no serían así de audibles. Las pocas que se encuentran son como joyas. Ha habido algunos muy buenos libros que salieron recientemente. A *Black Women's History of the United States* es uno de ellos. Ahí hay historias interesantes y divertidas. Entre los y las latinoamericanistas conversamos a menudo acerca de las diferencias sustantivas entre los fondos documentales que existen

sobre experiencias negras en Estados Unidos. Allí quienes investigan tienen que desarrollar un tipo diferente de metodología, buscar más, poner en común fragmentos... Suele haber más historia intelectual, al haber escritos de primera mano de afroamericanos. Alex Borucki habló de un afrodescendiente en Uruguay en el siglo XVIII, Jacinto Molina, que escribió su autobiografía. Pero no abundan escritos así en Sudamérica. En contraposición, en Estados Unidos hay papeles de personas negras libres, quienes exploraron y dieron cuenta de distintos aspectos de sus vidas, de haber sido esclavos, de lograr la libertad. Los latinoamericanistas consideramos que tenemos que buscar más prensa, poemas, otras formas de intelectualidad más allá de la típica noción patriarcal de lo que cuenta como historia intelectual. Aquí son los expedientes judiciales y los parroquiales los que permiten algún nivel de conversación sobre historia intelectual, en términos de los procesos de reflexión y cómo funcionaron las maniobras entre hombres y mujeres afrodescendientes.

A fines del siglo XVIII, luego de las reformas borbónicas, ya era posible observar cómo se disputaban nociones de blanquitud. Fue central para mí pensar en la noción de "calidad" como una forma de evaluar y calificar a las personas. Noté que la calidad era una noción flexible que las mujeres eran capaces de manipular para su propio beneficio. Por ello, analizar ese proceso abre la puerta a explorar la primera mitad del siglo XIX como algo más que guerras y caos. ¡Hay tantas experiencias ocurriendo en esos años!

G. M.: ¿por qué iniciar tu pregunta a fines del período colonial?

E. E.: partí de la base de una constatación mientras estaba radicada en la Argentina. Este es un país que se jacta de ser blanco. ¿Cómo se habría llegado

a construir este sentido común? Intuí que eran ideas que se habían ido macerando, fermentando en un tiempo anterior a aquel momento en que hombres de estado e intelectuales comenzaron a sostener abiertamente que no había esperanza en la población nativa y que el país debía recibir inmigrantes para poder desarrollarse. A fines del siglo XVIII, luego de las reformas borbónicas, ya era posible observar cómo se disputaban nociones de blanquitud. Fue central para mí pensar en la noción de "calidad" como una forma de evaluar y calificar a las personas. Noté que la calidad era una noción flexible que las mujeres eran capaces de manipular para su propio beneficio. Por ello, analizar ese proceso abre la puerta a explorar la primera mitad del siglo XIX como algo más que guerras y caos. ¡Hay tantas experiencias ocurriendo en esos años!

En Córdoba, especialmente a comienzos del siglo XIX, como lo señaló la historiadora Susan Socolow, la clase dominante era una elite que sentía que estaba siendo cercada. Se veían como una pequeña minoría y se preguntaban qué debían hacer para proteger su estatus y lo que quedaba de su economía. Fue en ese momento que se interrumpió el arribo de africanos y africanas a la provincia. Por esto es también una conversación diferente a la que estaba teniendo lugar en Buenos Aires, en términos de cruces de género, clase, raza y jerarquías sociales. Aquí cobran otros sentidos, tanto los intentos de endurecer las categorías raciales, como las maniobras para disputarlas. Había personas que en un tiempo eran registradas como negras o indias y más tarde como pardas. Progresivamente, hay cada vez menos registros de mulatos, zambos o morenos. Al distinguir esto me pregunté: ¿qué significaría convertirse en pardo? ¿Era otra categoría para decir "no blanco"? ¿Era un movimiento para alejarse de la negritud? Son cuestiones que pude observar al concentrarme en el período colonial tardío y la temprana república para analizar procesos de blanqueamiento.

Por supuesto, otro elemento es la fuerza de la iglesia católica, que en Córdoba persistía mientras Buenos Aires se enfrentaba a procesos de laicización a comienzos de la década de 1820, que la apartaron de su dominio sobre la educación. Considero que son elementos que entran en juego al pensar cómo y por qué la noción de "calidad" se vuelve central, casi una obsesión para la elite cordobesa en muchos sentidos. Se tornaría también una categoría más fija que en Buenos Aires, donde el poder adquisitivo podía permitirles otras oportunidades a los afrodescendientes libres a diferencia de los obstáculos sociales existentes en Córdoba. Esto sobresalía en la medida en que investigaba las diferencias entre las experiencias de afrodescendientes en Córdoba y las de Buenos Aires. Fue muy importante apoyarme en el trabajo de aquellos y aquellas especialistas que pusieron el foco en

Buenos Aires. Sus investigaciones me permitieron sostener una conversación comparada e incluso revisar la especificidad cordobesa del término "pardo". Creo que mi trabajo realiza un aporte al afirmar que pardo no significaba tan solo mulato de la misma manera que en la ciudad porteña, donde había un influjo constante de los afrodescendientes. Córdoba muestra que las personas pardas eran sujetos que quedaban por fuera de las calidades tradicionales (negros, morenos, indios). En la época republicana no eran considerados blancos, pero tampoco negros. Al rastrear meticulosamente sus vidas, continuaba encontrándolos transformados en pardos. También encontraba personas indígenas deviniendo pardas, lo cual resulta otro aporte para continuar esta conversación acerca de la raza como identidad disputada, negociada. Era una táctica de supervivencia.



Reconstrucción de la Universidad con la Iglesia de los Jesuitas a finales del siglo XVII, Kronfuss, J. (1921), *Arquitectura colonial en la Argentina*, p. 78. Córdoba, Biffignandi.

G. M.: me gustaría preguntarte por la cultura material y por la vestimenta, especialmente. Prestás atención, de una manera muy perspicaz a la cultura material y particularmente a las ropas para entender estrategias de movilidad social de las mujeres afrodescendientes que estudiás. ¿Cómo llegaste a considerar que podía ser una dimensión útil para tu argumento, para tu hipótesis de trabajo?

E. E.: cuando estaba en Córdoba quería hacer un capítulo sobre los crímenes de las mujeres, porque entre las fuentes era común hallar acusaciones de robo de joyas, seda, vestidos o ropa. Al principio no entendía del todo cuál podría ser el interés concreto en hacerse de esas ropas. Cuando seguí explorando fuentes, noté el poder que tenía la vestimenta y observé qué sentido tenía para ellas acceder a vestidos que, en ese momento, era

ilegal que usaran. Era una suerte de *performance*, un papel que las distintas personas, en sus respectivas posiciones sociales tenían que interpretar. En ese sentido, la propia noción de "calidad" era una definición que dependía de los otros. Era lo que el resto pensaba de vos. Era tu identidad. En la Córdoba tardocolonial ser una señora, ser una española, significaba tener vestidos de seda, tener oportunidades de adquirir y usar ropas que el resto no podía. Las leyes además eran muy explícitas al respecto: "Negras y mulatas no pueden usar seda, joyas, etc.". Esa fue la clave para aproximarme a la centralidad de la cultura material. No solo eran piezas que pudieron haber robado sino elementos que construían una *performance* y que les permitían manipular su identidad. Eso me ayudó a entender más acerca de cómo operaba, cómo se construía este proceso de blanqueamiento. Ante la pregunta de cómo se podía saber si una mujer era indígena, lo que aparecía era una descripción de su ropa, de cómo actuaba y de dónde vivía.

G. M.: creo que tal vez, de algún modo, no sé si estarás de acuerdo, puede que ahí haya pistas para pensar lo que tuvieron de históricamente específicas las relaciones raciales en el período que estudiás. Porque a fines del siglo XIX existían estas nociones científicas acerca de lo que era la raza y cómo determinar quién era de tal o cual identidad racial. Pero en el tiempo en el que estás pensando, comprender lo que la raza significaba implica prestar atención a estas otras maneras de concebirla, que incluían una forma de comportarse en público, de usar o no ciertas vestimentas, accesorios, etc.

E. E.: yo no sé si estoy de acuerdo con esa afirmación. Tengo la impresión de que con mis ojos de extranjera pude ver que ese legado de identificación y disputa racial aún está ahí. La calificación despectiva al llamar a alguien "negro" o "negra", basándose en la ropa que lleva, dónde vive, cómo actúa, su forma de ser. Digo esto desde mi perspectiva también. Yo, al ser negra, pero viniendo

de los Estados Unidos, fui tratada de forma diferente a cómo podrían ser tratados mis hermanos y hermanas negras de Brasil o de Ecuador o de Cuba. Realmente me shockeaba ver lo diferente que podía ser tratada un día u otro, dependiendo de qué ropa llevara puesta o en qué lugar de la ciudad estuviera viviendo. Pasé de vivir en el barrio de Belgrano a mudarme a Lanús. Mis amigos y amigas que vivían en la ciudad de Buenos Aires no vendrían nunca a visitarme a Lanús. Nada malo me sucedió nunca en Lanús. Pero en las nociones, a menudo sutiles, sobre raza que aparecen en las conversaciones se habla de las ropas, de la apariencia, del lugar donde viven las personas, de un modo sorprendentemente similar a los que encontré estudiando la época colonial. Así que el legado está definitivamente todavía ahí.

Me encontraba a mí misma caminando por las calles cordobesas pensando en cómo habría sido su experiencia. Especialmente en el casco histórico de Córdoba, el cual todavía guarda semejanza con aquella ciudad colonial. La zona del Cabildo, la escuela para niñas que aún funciona allí, la biblioteca, el Colegio de Monserrat... comencé a imaginar lo que podría haber significado estar en esos lugares siendo una mujer negra.

G. M.: me gustaría preguntarte acerca de tu caso favorito de estudio, si es que acaso tenés uno.

E. E.: me enamoré inmediatamente del expediente de una mujer esclavizada llamada Bernabela. Amaba lo que leía. Era una especie de *affaire* romántico prohibido entre ella y un cura que duró por mucho. ¡Era como una telenovela! Porque ella y él se juntaban, huían a las sierras, volvían... el ejército tenía que ir a buscarlos. Envían a Bernabela a Buenos Aires y ella regresa, es increíble. No podía dejar de pensar en cómo lo hizo. Se trataba de una mujer que fue comprada por este cura. Por aquel entonces, Bernabela ya era madre de su hija,

María Gregoria. Era una mujer con mucha audacia y me encantó estudiarla. Recuerdo haber visto la película *Camila*... creo que la mayoría de ustedes está familiarizada con la película *Camila*. Pensé, "esta podría ser la Camila cordobesa" [risas]. Él es un cura, ella es una parda, una afrodescendiente de piel muy clara.

G. M.: creo que es hermoso cómo pudiste rastrear experiencias de familias de esclavos y sus descendientes en el tiempo. Nos permite ver el movimiento. Lo que me gustó del caso de Bernabela es que no estás discutiendo si acaso era o no era amor real, ¡porque es tanto lo que permanece opaco en las fuentes! Vos cambiás la pregunta y te inquirís, ¿qué pasó con esa hija? ¿Qué pasó después? Creo que eso es lo rico de pensar en las estrategias. No en términos de un cálculo frío y racional, sino de una pregunta acerca de qué podían hacer con lo que tenían a mano para que sus hijos e hijas vivieran vidas mejores.

E. E.: en cierto sentido, creo que es lo que muchas madres hacen: pensar cómo hacer para que las vidas de sus hijos e hijas sean mejores que las que ellas vivieron. Bernabela, por ejemplo, logró hacerla mejor consiguiendo que su hija fuera inscrita en los registros bautismales reservados para los españoles, sin registrar el nombre del padre. Lo cual es muy impresionante. Luego traba relación con este hombre, quien esencialmente sacrificó su carrera por ella [risas]. Yo creo que él probablemente estaba enamorado de ella. No sé si ella lo estaba, pero me resultaron muy interesantes esas idas y vueltas para estar juntos. Es increíble. Cuando él es interrogado por las autoridades eclesiásticas para confesar lo sucedido, tiene lugar esta actuación o *performance*: él se arrodilla pidiendo perdón. Pero, al minuto de terminar, ¡corre a buscarla de nuevo! [risas] ¡Por dios! Es una escena de película. No sé cómo describirlo de otra forma. Así que ese fue uno de mis casos favoritos. Luego, el que me permitió ver el proceso de blanqueamiento desplegado, el que realmente reafirmó mi decisión de mantener

el estudio en Córdoba, fue el caso de María Guerra, con el que abro el capítulo 5. Me permitió ver cómo ella logró disputar su identidad racial, alegando que había sido confundida al ser acusada de ser negra y que en realidad era indígena. Ver esa actuación, a comienzos del período republicano, puso en evidencia las diferencias entre Córdoba y Buenos Aires. La Ley de Libertad de Ventres no parece haber tenido el mismo impacto en Córdoba que en Buenos Aires. Encontré la vieja y tradicional estrategia de maniobrar y negociar a partir de estas diferentes legislaciones existentes para negros y para indígenas que seguía siendo usada en el siglo XIX para conseguir la libertad. Reconocer niveles de resistencia también implica tomar en consideración las especificidades culturales, políticas, económicas que están operando en los casos de estudio que analizamos. Así pude percibir diferencias regionales en torno a la noción de negritud. No había una idea monolítica de la identidad racial. Me encantó poder yuxtaponer a lo largo de los capítulos las historias de éxito, las historias de blanqueamiento y de reclamos de identidades indígenas, y las que fueron menos exitosas, en las que de todos modos había una consideración de que era posible afirmar la propia conducta honorable, reclamar honor y virtud, enfrentándose a posibles respuestas negativas. Tal vez en Buenos Aires estas demandas hubieran tenido más chance de prosperar. Pienso nuevamente en la singular situación de esta provincia mediterránea y cómo las respuestas ante aquellas demandas pueden leerse como recordatorios que buscaron poner a determinada gente "en su lugar". Aun así, el blanqueamiento, la identidad indígena, la libertad, eran las avenidas, por así decirlo, para conseguir una vida mejor.

G. M.: como última pregunta se impone volver al género. ¿Sentís que es algo que apareció frente al archivo, tiene que ver con tu formación o con intereses de cuando eras estudiante? Quienes hacemos historia sabemos que aun cuando en los archivos hay millones de mujeres, la pregunta por ellas no es obvia.

E. E.: mi pregunta central era: ¿dónde están las mujeres negras en esta historia? Entendí que se trataba de ir más allá de la persona pública y mirar en la esfera de lo privado, en las casas. Una vez que hice eso, las encontré. Traté de pensar en relaciones íntimas y en sus efectos. El libro de Michelle Mc Kinley *Fractional Freedoms (Libertades fraccionadas)* sobre intimidad y esclavitud en la Lima colonial realmente tocó una fibra en mí. Ella se pregunta qué era la intimidad, más allá de lo sexual. La intimidad era limpiar el vómito, lavar las sábanas. Esta vulnerabilidad que mostrarían algunos amos con sus esclavas, con sus mujeres

domésticas, quienes los estaban cuidando a ellos o a sus hijos. Entendí que esos momentos de debilidad eran parte de una historia que no había sido contada en Córdoba y que coloca el hogar en el centro. Esta interacción entre dos personas, este intercambio cotidiano, estas decisiones tomadas a diario por estas mujeres. Esto me hizo reflexionar sobre la politización de sus cuerpos, *vis à vis*, la ley de vientre libre. ¿Cómo es que no estamos teniendo una conversación acerca de cómo fueron ellas las dadoras de libertad? ¿Por qué no estamos situándolas como protagonistas de este proceso? Es tiempo de que ellas sean el punto focal.